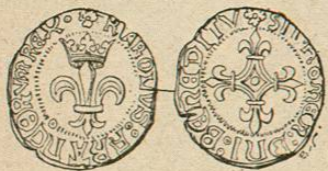


sesenta y un golpes de hacha y otro setenta y cinco, y al terminar aquella hazaña «se le encontró tan fresco como cuando le cerraron la visera... y su respiración no se había alterado en lo más mínimo.»

El número de armas diferentes, y los diversos modos de manejarlas, comunicaban singular destreza al cuerpo, al ojo y á la mano. En los diplomas de maestros de armas, clase cada día más numerosa, se encuentran algunos que practicaban once especies de instrumentos de combate.

A esto se añadía la educación moral. El hijo del hidalgo, desde que se hace cargo de lo que á su alrededor se dice, no oye hablar más que de combates, de actos de energía ó de heroísmo; sabe, además, que toda su carrera deberá hacerla por las armas y que por éstas logrará honor y fortuna. Rabelais, que tan bien expresa los sentimientos de su tiempo, no ha dejado



Doble tornés de Carlos VIII

de expresar éste: «Porque desde ahora que vas siendo hombre y te haces grande, dice Gargantúa á Pantagruel, habrás de salir de esta tranquilidad y reposo de estudio, y aprender la caballería y las armas para defender mi casa y socorrer á nuestros amigos en todos sus asuntos contra los ataques de los malhechores.» Gargantúa habla como rey ó señor feudal independiente, de quien se supone que tiene tierras, vasallos ó aliados á quienes defender. Los simples señores tenían las mismas preocupaciones que, por otra parte, constituían el sentimiento general que hacía de la profesión militar la profesión honrosa por excelencia. Cuando el padre de Bayardo consulta á sus hijos sobre los proyectos que éstos tienen, se resigna, no sin ironía, á que los mayores piensen en entrar en la Iglesia ó en guardar la casa paterna, y su corazón se regocija cuando el más joven proclama su vocación militar. La anécdota, aun siendo inventada, indica lo que pensaban las gentes que rodeaban al *Loyal Serviteur* que la refiere.

De esta suerte preparado, el joven hidalgo, en cuanto suena ruido de armas, parte voluntariamente para tratar de distinguirse; porque la guerra es «un oficio en el que se gana y se avanza en fama.» Montluc, á la edad de diez y seis años, «entró en deseos de ir á Italia por lo que se decía de los famosos hechos de armas que allí ocurrían de ordinario.» Su padre le dió un caballo y algún dinero y se puso en camino «encomendando á la fortuna la esperanza de los bienes y honores que yo había de tener.»

¿Qué papel representaba en todo esto la pólvora? A pesar de los progresos realizados en materia de artillería, sobre todo en tiempo de Carlos VII, la pólvora no fué considerada, durante las guerras de Italia, más que como un elemento secundario: se la empleaba para el ataque y la defensa de las plazas; se la utilizaba en la marina militar, y Luis XII, los españoles y los italianos se preocupaban de poseer una artillería numerosa;

y sin embargo, en las batallas campales, excepción hecha de la de Rávena, el uso de los cañones, no fué decisivo, lo cual se debía á que aún eran de un modelo pesado, difícilmente manejable y de servicio muy lento. Lo que debía revolucionar la táctica eran las armas más ligeras, el mosquete y antes que éste el arcabuz, y aunque éste era ya conocido, su empleo resultaba muy poco cómodo y en realidad apenas se le empleaba. Casi no se habla de esta arma en los ejércitos de Carlos VIII y Luis XII; y aun más adelante, escribe Montluc en sus Memorias á propósito de los acontecimientos de 1523: «Ahora bien: es preciso hacer constar que en las tropas (de infantería) que yo tenía todos eran ballesteros, porque en aquel tiempo no había aún arcabuceros en nuestra nación. Du Bellay cita la fecha de 1521 como la primera en que se usaron verdaderamente los arcabuces en el ejército francés. Mas, á pesar de todo, la artillería, si no decidía la suerte de las batallas, causaba daños.

Durante mucho tiempo, la gente guerrera no supo sino maldecirla. Montluc exclama: «Pluguiera á Dios que ese desgraciado instrumento no se hubiese inventado nunca, porque así no llevaría yo sus señales y no habrían muerto tantos hombres excelentes y valerosos, las más de las veces de manos del más cobarde y más infame, que no se atrevería á mirar cara á cara al mismo á quien desde lejos derriban con sus desdichadas balas. Pero esto son artificios del diablo para hacernos matar unos á otros.» Y lo mismo decía todo el mundo en el siglo XVI; casi nadie comprendía que la artillería pudiese tener una aplicación táctica. Brantome escribirá (á propósito de la batalla de Pavía): «El dicho marqués de Pescaire ganó aquella acción con sus arcabuceros españoles, contra todo orden de guerra y ordenanza de batalla y sólo por una verdadera confusión y desorden.»

De modo, pues, que las guerras de Italia todavía son, en gran parte, guerras de la Edad media: el hombre de armas francés, italiano, alemán ó español y el infante suizo, tales eran los combatientes de quienes dependía sobre todo la victoria.

Al fin se realizó la expedición esperada desde hacía tanto tiempo, suspendida en varias ocasiones, anunciada y negada á la vez por los adversarios y por los amigos de Francia (1). Tratábase de atravesar Italia de Norte á Sur para ir á conquistar el reino de Nápoles.

Carlos VIII tenía decididamente como aliados más ó menos seguros á Ludovico el Moro, al duque de Saboya y al marqués de Montferrat. Pedro II de Médicis y el papa Alejandro VI se habían declarado contrarios suyos, pero sin decidirse á practicar acto alguno de hostilidad. El rey de Nápoles, mientras se preparaba para defenderse en su reino, había enviado al golfo de Génova un ejército de tierra y de mar. Pero Carlos VIII había confiado, como hemos dicho, el mando de una vanguardia al duque de Orleans, el cual en el mes de junio, de acuerdo con Ludovico, había introducido en Génova una guarnición de tropas suizas y lombardas. Las fuerzas napolitanas fueron rechazadas delante de Génova y vencidas en Rapallo (septiembre).

(1) L. G. Pélissier, *Sur quelques épisodes de l'expédition de Charles VIII*, «Revue historique», 1900. Delaborde, obra citada.

En el entretanto el ejército principal francés había atravesado los Alpes por la garganta del monte Genevre, llegando en 9 de septiembre de 1494 á Asti. Una vez allí, faltó ya dinero y la marquesa de Montferrat hubo de prestarlo. Otro incidente más grave todavía fué que Carlos cayó enfermo; suscitóse entonces la cuestión del regreso á Francia, pero la terquedad del rey venció todas las vacilaciones, y cuando Carlos sanó, dirigióse á Pavía, en donde tuvo una doble entrevista con Ludovico y con Galeazo. Allí recibió también á la esposa del joven duque, que de rodillas imploró su apoyo contra Ludovico, sin que obtuviera otra cosa que vagas promesas. Galeazo murió muy á tiempo y Ludovico se proclamó duque de Milán y trató con Francia.

De Pavía encaminóse Carlos á Florencia, y al tener noticia de ello, Pedro II, espantado, se resolvió á firmar un convenio con él en 31 de octubre; y aunque los florentinos, excitados por Savonarola, expulsaron á Pedro cuyo despotismo soportaban desde hacía demasiado tiempo, no por esto se mostraron menos dispuestos á recibir á las tropas reales, las cuales pasaron por Pisa, ciudad vasalla de los florentinos desde 1406, pero que acechaba todas las ocasiones de sacudir su dominación y que había contado precisamente con la visita de Carlos VIII para substraerse á ella. De aquí que los pisanos se sublevaran á los gritos de «¡Libertad! ¡Vivan los franceses!» Aquella rebelión aprobada por Carlos VIII y los amenazadores proyectos que á éste se atribuían hicieron que el monarca francés fuese acogido en la capital de Toscana con desconfianza y sorda cólera, por lo que sus consejeros apresuráronse á improvisar un tratado, que se firmó en 25 de noviembre, prosiguiendo luego los expedicionarios su marcha hacia el Sur y llegando á Roma en 31 de diciembre. El papa, cuyos vicios, públicamente ostentados, habían excitado en Europa gran indignación, tenía mucho miedo, no sólo de los franceses, sino además del concilio que, según se afirmaba, «traían» consigo; por esta razón no opuso más dificultades que los florentinos á la firma de un tratado. Era éste el tercero que firmaba Carlos desde que pasara los Alpes; los tres eran á cual peor y se necesitaba mucha presunción ó mucha candidez para hacerse ilusiones respecto de ellos.

Lo que sin duda contribuía á engañar á Carlos VIII y á los que le rodeaban era que la campaña militar tenía todos los visos de una marcha triunfal: los grandes episodios no eran batallas, sino entradas en las ciudades en las que el aparato militar se desplegaba en un ceremonial aparatoso.

En Florencia «cuatro hombres tocando á dos manos enormes tambores, tan grandes casi como toneles, y dos tocadores de pífano, precedían á siete sargentos que marchaban en una sola fila y ocupaban toda la anchura de las calles. Seguían luego ballesteros, arqueros á pie, anunciados por golpes de tambores, los suizos armados de partesanas muy cortas y gruesas como alfajías; los piqueros con sus estandartes y flautistas, y los alabarderos del rey vestidos con los colores de éste. Aquella larga fila de infantes servía de vanguardia á la caballería, formada por los hombres de armas, montados en soberbios caballos, ostentando en sus cabezas grandes penachos multicolores y vestidos con sobrevestas adornadas de oro. Precedidos de clarines y tamboriles, cabalgaban

finalmente los 800 hidalgos de la ordenanza, cubiertos con sus armaduras de hierro bruñido ó dorado, con sus yelmos coronados por grandes penachos y el escudo de colores brillantes, y detrás de ellos los pajes y los lacayos con vestiduras de oro ó de terciopelo, distribuidos en dos hileras junto al palio bajo el cual avanzaba el rey, caballero en su famoso caballo negro *Saboya*. Encima de su armadura cubierta de oro, de perlas y de piedras preciosas, llevaba Carlos una jaqueta de brocado y un largo manto de terciopelo azul, completando su traje un sombrero blanco con plumas negras y la corona, sujeto con cintas debajo de la barba. Los miembros



Galeazo Sforza, cuadro de Bernardino Luini

del Gran Consejo y los funcionarios de justicia y de hacienda formaban la cola del cortejo (1).»

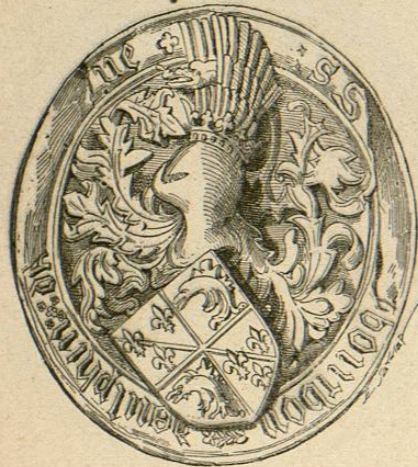
Casi con este mismo aparato recorría la expedición los largos y polvorientos caminos de Florencia á Roma ó de Roma á Nápoles. El rey iba generalmente en medio de su gendarmería, á la que seguían la artillería y un numeroso cuerpo de tropas encargado de los bagajes, en el que figuraban obreros de todas clases y «muchas cortesanas francesas;» y tan pronto se le veía á caballo como en un coche tirado por dos caballos de gran belleza. Flotaban los estandartes con el escudo de Francia coronado y con divisas como *Voluntas Dei*, *Missus a Deo*; las gentes que rodeaban al monarca llevaban en sus trajes las iniciales de éste y las de la reina, y los tambores armaban gran ruido.

Sin embargo, de cuando en cuando se combatía, trabándose escaramuzas contra partidas de aventureros ó contra pequeñas plazas que se atrevían á defenderse. Nada podía resistirse contra la *furia francese* ni contra la superioridad del número. Monte San Giovanni, plaza fuerte, fué tomada en pocas horas: «Os aseguro, escribía Carlos VIII al duque de Borbón, que veo el más hermoso pasatiempo del mundo y lo que jamás había visto, así como asaltar lo mejor y más atrevidamente posible.» Lo que no dice es que los defensores de la plaza, unos 900, fueron pasados por las armas ó arrojados por encima de las murallas.

(1) H. Fr. Delaborde, *L'Expédition de Charles VIII*, páginas 459-460.

Todos los sucesos acaecidos desde la llegada de los franceses excitaban la imaginación de los italianos aunque sin engañarles del todo. En efecto, no gastaban éstos grandes ceremonias para juzgar á los invasores: Carlos VIII, á pie, parecía pequeño y mal formado y decían de él que era cobarde; á los soldados y aun á los hidalgos encontrábanlos brutales y torpes, y sobre todo se adivinaba que eran inexpertos en todo lo referente á política.

Pero en medio de esa racha de fortuna que á menudo acompaña los comienzos de las partidas arriesgadas, súpose la abdicación de Alfonso en favor de su hijo Fernando II, y aquel cambio de príncipe bajo el fuego enemigo, paralizó toda defensa, continuando más vigorosamente la marcha sobre Nápoles y entrando los



Sello del conde de Montpensier

franceses el 11 de febrero en San Germano, el 18 en Capua y en Nápoles el 22, es decir, á los cinco meses aproximadamente de haber pisado el suelo de Italia. Los contemporáneos y los historiadores dicen que la campaña se hizo con extraordinaria rapidez; sin embargo, desde el momento en que las potencias italianas dejaban pasar libremente á Carlos VIII, hay que confesar que cinco meses para recorrer la península, no para conquistarla, son un período largo. Más rápido aún será el regreso.

No bastaba con llegar, sino que era preciso establecerse y en este punto comenzaron las dificultades. Los obstáculos militares pudieron vencerse fácilmente: el Castel Nuovo, el castillo del Huevo, Gaeta, Tarento, y Galípoli, fueron tomados en el mes de marzo; pero el país napolitano, con su poderoso feudalismo y su populacho, sobre todo el de Nápoles, turbulento y pronto á la revolución, no era fácil de guardar. Carlos comenzó haciendo concesiones, como la confirmación de los «Capitoli» ó sea de los privilegios de Nápoles, incluso la subsistencia de la esclavitud «sobre los blancos y sobre los negros», pues en Nápoles todavía había esclavos; pero muy pronto se arrojaron los vencedores sobre todo lo que podía constituir alguna presa. «A ninguno (napolitano) se dejó empleo ni estado; todos los estados y empleos fueron conferidos á los franceses.» Estas palabras de Commynes son, á lo sumo, una ligera exageración.

El reparto del botín comenzó en provecho de Este-

ban de Vesc, quien recibió los condados de Avelino y de Atripalda y los ducados de Ascoli y de Nola, obteniendo además el cargo de gran chambelán, la superintendencia del reino y la presidencia de la Cámara de las Cuentas. A los Colonna, nobles romanos que eran aliados de Francia, dióles el rey más de treinta feudos y hasta la servidumbre real tuvo su parte en los despojos. Un procedimiento con frecuencia seguido era el de los casamientos: Carlos VIII hizo casar al señor de Ligny con la duquesa de Altamura, que poseía una parte de la Pulla. La cancillería francesa, algunos de cuyos miembros se habían trasladado á Nápoles, intentó en vano oponerse á tales arrebatos. Lo que daba á la conquista el carácter de explotación era que muchos franceses se apresuraban á vender lo que acababan de alcanzar, con lo cual demostraban que sólo habían ido allí para enriquecerse y regresar á Francia. En una palabra, por todas partes, cambios violentos de situaciones y de fortuna y por añadidura la insolencia de los vencedores, lo mismo que dos siglos antes, y su libertinaje: «Los franceses son hombres muy cobardes, puercos y disolutos;» «los franceses son una raza muy desordenada,» dicen los cronistas italianos, llenos de odio.

¿Qué hacía en el entretanto Carlos VIII? Habíase establecido en Nápoles y se creía consolidado; dejaba que los que le rodeaban obraran á su antojo, visitaba los palacios y los parques y no pensaba más que en las ceremonias. «Hablabá de sus arneses y de sus atavíos para la entrada y fiesta de la investidura.» En cuanto á la cruzada, objetivo ó pretexto de la expedición, nadie, al parecer, pensaba ya en ella, á pesar de haber ido expresamente de Roma á Nápoles, para tratar con el monarca de este asunto, el obispo de Gürck, embajador de Maximiliano. Carlos tampoco hablaba de su partida para Constantinopla; pero, á decir verdad, aquellos proyectos contra la capital turca ¿habían sido acaño nunca otra cosa que un pretexto para la conquista de Nápoles ó una humorada de la imaginación del rey?

He aquí ahora el sesgo que las cosas tomaban en Italia. Maximiliano y Fernando de España habían entablado negociaciones con Venecia; Ludovico abandonaba la alianza francesa para encargarse del papel de campeón de la independencia italiana, trabajaba cerca de aquella república y hablaba de una intervención europea. Commynes, que se encontraba en Venecia y ponía en conocimiento de Vesc los rumores que respecto de la liga circulaban, no por ello dejó de ser víctima á medias de un engaño, pues, aceptó proposiciones de arreglo cuyo solo objeto era «decir una cosa y hacer otra.» La liga se firmó por veinticinco años en 25 de marzo de 1495, y en ella entraron el papa, Venecia, el duque de Milán, Fernando é Isabel; los príncipes extranjeros se obligaban únicamente por lo que se refería á sus posesiones italianas. En 1.º de abril se la notificaron á Commynes insistiendo sobre su carácter puramente defensivo y sobre las palabras «mantenimiento de la paz» que en la misma figuraban; pero la explosión de alegría que hubo en Venecia y los desórdenes que estallaron en Roma contra los franceses demostraron todo el alcance del acto que se acababa de realizar. Y en realidad, los príncipes extranjeros y los Estados italianos se unían para defender contra Carlos VIII la independen-

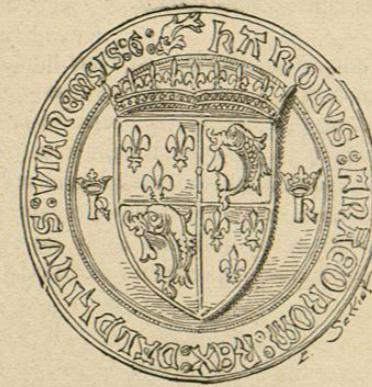
cia de Italia. «Es la primera de las coaliciones contra Francia:» «es ya la Santa Liga,» escribieron algunos; y estas palabras, exageradas en parte, bastan para juzgar la política que vino á parar en tales resultados.

En los episodios que siguieron púsose de manifiesto toda la candidez de nuestros gobernantes: de Vesc sólo supo encolerizarse cuando recibió la noticia de la coalición, y Carlos VIII tuvo únicamente frases de niño: «Es una gran vergüenza. ¡Y yo que os lo dije todo!» «¡Qué mala gente esos lombardos, y el papa el primero!,» exclamaba.

Tiempo hacía que Francia se sentía amenazada y se mostraba inquieta ó descontenta. Du Bouchage, uno de los consejeros del rey que se había quedado acaño de los montes, escribía que el país se negaba á dar más

armas los venecianos y los príncipes vecinos, y el marqués de Mantua, Francisco de Gonzaga, generalísimo de la liga, estaba al frente de un ejército bastante numeroso. El día 1.º de junio entraba Carlos VIII en Roma después de haber desandado en diez días el camino que hiciera en treinta algunos meses antes; el 13 llegaba á Siena (trece días de marcha en vez de veinte), y después de haber evitado el paso por Florencia, que, sin embargo, no se había declarado contra Francia, pasó por Pisa, de donde salió el 23. Allí comenzaban las verdaderas dificultades de la retirada.

Saliendo de Pisa hacia el Norte, llégase á una región en extremo difícil, que tiene á la izquierda el mar y á la derecha las estribaciones de los Apeninos que caen casi á pico sobre el Mediterráneo. Desde la pequeña



Medalla de Carlos VIII

dinero. Maximiliano había empezado sus armamentos, y así se lo comunica el rey á los habitantes de Troyes en una carta oficial de 26 de febrero de 1495.

Esto no obstante, el 12 de mayo verificábase con gran ceremonia la solemne entrada en Nápoles. El rey se presentó «vestido en traje imperial, con un gran manto de escarlata con su gran valona vuelta forrada de finos arminos moteados, llevando en la mano derecha la manzana de oro redonda y orbicular y en la izquierda su gran cetro imperial, adornado con muchas pedrerías, imitando así bravamente al emperador de Constantinopla, conforme el papa le había de esta suerte creado, y todo el pueblo á una le aclamaba *Emperador muy augusto*.» «Las hermosas é ilustres damas del país aparecían en las calles y en las plazas principales y al pasar el rey le presentaban á sus jóvenes hijos.» Dirigióse luego el rey á la catedral, en cuyo altar mayor estaba el jefe de San Javier, y al día siguiente dió un banquete al que asistieron los grandes señores del reino, quienes, después de la comida, le prestaron juramento de fidelidad «con hermosas protestas.» El 20, Carlos salió de la ciudad dejando en ella como virrey al señor de Montpensier.

Menester era que los expedicionarios se diesen prisa si querían volver á Francia, pues desde el 6 de abril Ludovico había comenzado la lucha contra Luis de Orleans, quien, pensando en hacer valer sus pretensiones sobre el Milanésado, se había quedado con sus tropas en el Norte de Italia é inquietaba en gran manera al duque, habiendo hasta conseguido apoderarse de Novara. Pero al mismo tiempo habían empuñado las

villa de Viareggio hasta Sarzana, el camino corre á lo largo de la costa, dominado por abruptas mesetas erizadas de castillos (en parte aún subsistentes) ó de pequeñas poblaciones, como Pietra Santa, Montignoso, guarnecido de torres, y el viejo castillo cuadrado de Sarzanello. Hacia el Norte no existe paso alguno, ó si le hay, es tan complicado que resulta inabordable. Otro camino va de Sarzana á Parma atravesando la garganta de Pontremoli; pero las gargantas de los Apeninos, aun las que están á poca altura, no son sino paredes abruptas, arenales tórridos, bosques sin sendas, circunstancias todas que, unidas al calor de junio, parecía que habían de obligar al ejército á detenerse. Además era preciso meterse en aquellos terribles desfiladeros casi en presencia de los enemigos que acampaban en la vertiente oriental con 15.000 caballos y 24.000 infantes (1). Gonzaga, que mandaba aquellas fuerzas, había llegado en 25 de junio á Ponte di Taro, en donde se le había juntado un condottiero veneciano, Cajazzo. La toma de Pontremoli por el mariscal de Gié hizo vacilar á las tropas de la coalición y permitió que los franceses atravesaran aquella garganta, aunque no sin dificultades, sobre todo para la artillería.

El 5 de julio el ejército francés entraba en Fornua, desde donde embistió de frente al enemigo. Nada más confuso que los relatos de la batalla, como no sea la batalla misma, que comenzó mientras se estaba todavía en negociaciones y en la cual Carlos VIII portóse como un valiente. Según parece, hubo en aquella acción dos

(1) Según testimonio de Burchard, en el *Diarium*.